

ORACION Y APOSTOLADO HOY¹

Ante todo, permítanme decirles con toda sencillez, que me siento altamente honrado por haber sido invitado a hablarles en esta catedral. Estoy profundamente conmovido.

Como monje, quisiera hablarles en primer lugar de la búsqueda de Dios. Esto no les sorprenderá a aquellos de entre Uds. que conocen la Regla de San Benito. Buscar a Dios, es la vocación principal, es verdaderamente “el oficio” del monje. Cualquier otra cosa que haga es secundaria con respecto a esto.

Nada exclusivo hay en esta búsqueda de Dios: en el fondo la vida monástica no es más que un medio para vivir una vida verdaderamente cristiana. En efecto, la búsqueda de Dios es el deber de todo cristiano; mas aún, es la meta de toda religión.

Esta búsqueda debe ser constante; nunca termina; hay que volver a empezarla cada día. Es siempre un asunto personal. Por supuesto, no hay que olvidar el papel que desempeña una comunidad: es asunto personal por un lado, pero también de ayuda mutua.

La búsqueda de Dios, en cierto modo, forma parte de la naturaleza humana. No siempre nos damos cuenta de que es a Dios mismo a quien buscamos.

Creo que existen ciertas experiencias humanas que pueden llevarnos a descubrir la presencia de Dios. No es muy exacto el empleo, en este campo, de palabras tales como “experiencia” o “descubrir”, ya que podrían sugerir que vemos a Dios con nuestros ojos, que escuchamos su voz con nuestros oídos o que podemos tocarlo con nuestras manos, cosa imposible en nuestra actual condición. Podemos hablar únicamente de una “cierta experiencia”, lo cual permitiría entender que Dios existe y que está con nosotros.

Sabemos que san Pablo escribió que *“lo que de Dios se puede conocer está manifiesto para ellos (los hombres). En efecto, Dios se lo manifestó. Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad”* (Rm 1,19). Incluso san Pablo no consigue ser perfectamente claro; ¿cómo puede dejarse ver a la inteligencia del hombre lo que es invisible?

Sin embargo, hay experiencias humanas que pueden llevarnos a Dios si continuamos nuestra marcha.

Cuando buscamos la verdad (lo verdadero), cuando admiramos lo bello, cuando deseamos el bien, entonces podemos encontrar uno de los caminos que nos conducen a Dios.

Queremos saber; buscamos siempre el porqué de las cosas. “¿Qué es esto? ¿Para qué sirve? ¿Cuál es su origen?”. En lo que a nosotros se refiere, buscamos razones para explicar nuestra propia vida y lo que nos acontece. ¿Por qué tengo que sufrir? ¿Qué pasa en el momento de la muerte? Necesito para todas estas preguntas que me planteo una respuesta que exprese algo, algo verdadero, auténtico, Lo que busco es la verdad; lo que deseo saber, en resumen, es la explicación de todo lo que existe y de todo lo que me sucede.

¹ Conferencia pronunciada en Notre-Dame de París, el 14 de noviembre de 1976. Tradujo: Isabel Guiroy, osb. Abadía de Santa Escolástica, Argentina.

El hombre es también un ser de deseo. Está inquieto y desasosegado mientras no ha satisfecho sus deseos. La experiencia de todos los días le enseña que no posee nada que pueda satisfacerlo enteramente. Todas las cosas que pueden alegrarlo o contentarlo en la vida son sólo transitorias, no son permanentes. ¡Cuántas veces tenemos la impresión de haber sido engañados porque habíamos esperado mucho de algo o de alguien y hemos sido decepcionados! Buscamos la felicidad, pero esa felicidad que pueda satisfacernos total y absolutamente se nos escapa. Descubrimos que más tarde y cuando vivamos de un modo diferente, encontraremos aquello que, en las profundidades de nuestra alma, buscamos a cada instante de nuestra vida. Es imposible que la naturaleza humana quede frustrada en sus aspiraciones más profundas.

Al buscar el porqué final o último de todas las cosas, y con el deseo de ser colmados con una alegría sin fin y sin límites, estamos buscando a Dios.

Lo que afirmo es que cada hombre, cada mujer, incluso cada niño, más o menos conscientemente, busca a Dios. La verdad que quiere conocer, el bien que desea, o la belleza que admira, lo ponen en camino de esta búsqueda. Queremos poseer lo Verdadero, el Bien, lo Bello -queremos poseer a Dios.

Podemos traducir estos pensamientos a otro lenguaje. ¿En qué experiencia encontraremos una significación válida para nuestra vida? ¿Dónde podremos satisfacer plenamente nuestros deseos? En el amor.

Cada ser humano descubre que el amor es lo que le procurará las alegrías más intensas. En efecto, es en el amor, si sabe amar adulta y cristianamente, donde encontrará la verdadera felicidad. Bueno es reflexionar que la experiencia del amor -amar a otra persona- es una experiencia que nos permite, descubrir lo que es el misterio del amor en Dios. "Dios es amor", dice san Juan. ¿Cómo entender esto? El amor que nos manifestamos los unos a los otros, nos permite percibir algo de Dios.

La experiencia del amor nos lleva -cuando reflexionamos sobre ella- a sobrepasarnos a nosotros mismos. El objeto o la persona que ahora nos atrae, no es más que un bien particular; no puede satisfacerlos totalmente. El bien que deseamos no es más que un reflejo fragmentario de otro bien. Buscamos y queremos un bien que pueda cautivarlos de tal manera que no experimentemos ya ningún deseo por objeto alguno ni por persona alguna. Estos bienes que ahora conocemos, son espejos en los que vemos el reflejo del más noble y del más bello de todos los bienes que es el mismo Dios.

El amor nos procura las alegrías más intensas; pero también nos trae las tristezas más profundas. Es una de las paradojas de la vida humana. He aquí una experiencia que subraya de manera especial las limitaciones del hombre. Queremos amar y ser amados, pero cuán a menudo nos encontramos solos, abandonados y hasta traicionados.

E incluso fracasamos en nuestro amor. ¡Qué cruel puede llegar a ser un hombre en sus discriminaciones, al aceptar a unos y rechazar a otros! ¡Cuánto sufrimiento puede infligir! En nosotros hay aspiraciones sublimes, pensamientos nobles y acciones generosas que nos permiten a veces elevarnos sobre nosotros mismos... La búsqueda de la verdad, los deseos del bien, la admiración por lo bello... son otras tantas cosas que constituyen el orgullo de todas las culturas y de todas las civilizaciones. Pero hay otro aspecto, hay un reverso: nosotros arruinamos todas esas cosas nobles con nuestro egoísmo, nuestra crueldad, nuestra mezquindad.

Tales fracasos y debilidades nos obligan a pensar en la necesidad de una mano salvadora, en la necesidad de esperar que algo ocurra o que alguien venga a mostrarnos cómo ser verdaderamente nosotros mismos. Si reflexionamos seriamente, nos damos cuenta de que ninguna solución exclusivamente humana podrá corregir lo que hay de malo y de enfermizo en nosotros y en la sociedad en la que vivimos.

Ya se ve entonces cuál es el contexto hacia el que deben dirigirse nuestros pensamientos: el lugar que ocupa la oración en nuestra vida.

Hay dos palabras que son, por lo menos para mí, las que mejor expresan lo que es la oración: la palabra “conciencia” (en inglés: “*awareness*”) y la palabra “deseo”. Quizás es mejor decir una “cierta conciencia”. La oración, por lo tanto, es el esfuerzo que hacemos para adquirir una “cierta conciencia de Dios” que provoca o que es la causa de un deseo de Él. Este deseo de Dios nos lleva a tener un mayor grado de esa cierta conciencia de Él. Para algunos, el deseo de Dios viene en primer lugar y arrastra luego a la búsqueda. Para otros, la búsqueda comienza el proceso y conduce al deseo.

A veces, la admiración de lo bello o el deseo del bien o la comprensión de alguna verdad es lo que incita a nuestro corazón a dar libre curso a la alegría y la gratitud; a veces, el sufrimiento que padecemos o la miseria que sentimos es lo que nos impulsa a exponerle nuestras necesidades.

En ambos casos, y sea cual fuere esta experiencia religiosa, ella es la obra de Dios en el alma, el impulso del Espíritu Santo que nos hace exclamar: *Abba*, Padre. He aquí la gran revelación que nos trae Aquel que ha venido y que nos habla, Aquel que nos da una palabra de Dios, palabra de vida.

La búsqueda de Dios, ya sea en la alegría o en el dolor, y que siempre es una real aventura, no depende únicamente de nuestra iniciativa personal. Por el contrario, es El quien nos busca. Yo soy la oveja perdida, por la que el Buen Pastor abandona las otras noventa y nueve. Yo soy el hijo pródigo a cuyo encuentro va el padre amante.

Orar es a menudo ingrato y difícil. Por eso tanta gente ha dejado de hacerlo. Hay que proponérselo. El gusto por la oración vendrá luego. Es necesario decirnos a nosotros mismos, desde el principio, que cuando rezamos tratamos de entrar en comunicación con una persona, con Dios. Sea que nuestra oración se dirija al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo, siempre es a Dios a quien se dirige. A veces estamos a la escucha de lo que nos dice, pues nos habla en la Escritura. A veces, escucharemos su voz en el silencio y la soledad, condiciones del desierto. Algunas veces lo buscaremos con la ayuda de nuestros hermanos y hermanas: oración en comunidad o en grupo.

Hay muchas maneras de orar, pero es siempre cierta conciencia de Dios lo que buscamos y un deseo de Dios lo que queremos.

Debemos confesar que a veces nos asalta la duda, la irrealidad de las cosas de Dios, como a un hombre perdido en la niebla que no acierta con el buen camino. En esta situación no nos queda sino esperar... esperar hasta que podamos escuchar la voz de Aquel que vendrá a buscarnos.

A veces, es todavía peor... Recuerden entonces la prueba de Aquel que murió torturado rezando: “*Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*”. Esta experiencia puede ser un momento precioso, ya que el sentimiento de haber sido abandonados por Dios o de estar perdidos en esa noche que a veces nos envuelve, anuncia ya la llegada de un nuevo día, de una lucecita que ilumina un poco el camino y reconforta el corazón.

¿De dónde viene esta luz? Viene de Dios mismo, del Espíritu Santo. Es Él quien nos da sentimiento y certeza de que Dios nos ama. En efecto, el fundamento y el comienzo de una auténtica vida de oración es la convicción de que Dios nos ama. ¿Han conocido Uds. el amor en sus vidas? Para mí, el amor de Dios es más fuerte y más intenso que cualquier otra experiencia de amor que haya podido tener hacia cualquier persona. ¿Ha sido Ud. amado? Dios lo ama mucho más. Es un amor que se encuentra con mi deseo del Bien y me da cierta conciencia de su

presencia. ¿Lo duda? ¿Cómo podría mandarnos que lo amemos con todo nuestro espíritu, todo nuestro corazón y toda nuestra alma si Él no nos amara primero? Ese mandato no tendría ningún sentido. Porque nos ama, Dios nos busca.

El deseo de lo verdadero, de lo bello, del bien, nos impulsa a buscar a Dios tal como en ellos se refleja y la conciencia de su interés por nosotros y del amor que nos tiene nos permite encontrarlo a cada instante de nuestra vida cotidiana. La contemplación conduce al amor... y el amor nos hace mirar mejor la realidad de este mundo para cantar mejor sus alabanzas y agradecerle sus dones. El Evangelio nos enseña que Dios se nos ha entregado; que Dios ha venido para nosotros que somos ciegos, sordomudos, paráliticos y también pecadores.

Buscamos a Dios en nuestro interior y en la experiencia de lo que en su creación es noble y bello. Pero sobre todo debemos oír y escuchar esa palabra de vida que nos viene del exterior, es decir, del Evangelio. La Buena Nueva es que Dios nos ama y que nos ha enviado a su Hijo para que nosotros -los pobres y los débiles pudiéramos vivir, y vivir de su vida que nos dio gratuitamente. La ley del Evangelio -el amor de Dios- coincide con la ley de la naturaleza humana; la necesidad de amar y de ser amado. El Santo Padre Pablo VI, en un discurso el viernes pasado², habló de “una civilización del amor”. El contexto era un discurso sobre el ecumenismo; he aquí “una frase que nos es querida”, dijo. En efecto, la ley del Evangelio -el amor a Dios y al prójimo- nos presenta también un programa para la paz y la justicia en el mundo, es decir, para una civilización que sea digna del hombre.

Dios nos manda amar a los otros porque El también los ama; porque, en realidad, hay algo digno de amor en cada ser, porque cada persona es una imagen especial, una semejanza única de Dios. El amor impulsa a la acción y la inspira. Queremos agradecer al que amamos, nos entregamos a él, queremos servirlo. He aquí, entonces, el fundamento y la razón del apostolado.

Un apóstol es alguien que ha sido enviado para anunciar la buena noticia y para mostrar con su conducta y con sus actos que vive según sus convicciones. Es alguien que quiere servir a su prójimo, que está incluso dispuesto a morir por él como testimonio de su amor.

Ningún apóstol podrá ver y servir a Cristo en su prójimo si no se ha lanzado ya a la búsqueda de Cristo; y, como el Maestro a quien quiere servir, necesitará buscar de tanto en tanto la soledad y el silencio. Es menester encontrar en nuestra vida espacio suficiente para estar solos y en el desierto, si queremos actuar y trabajar con seguridad para el Maestro en medio de las multitudes. Es un gran error descuidar este principio, y mayor error aun justificar esta negligencia.

A veces oímos decir que hoy vivimos en una ciudad profana donde ya no hay cabida para Dios. Se nos dice que el único objetivo de nuestra sociedad es promover el crecimiento económico y un mejor nivel de vida. Evidentemente no discuto estos objetivos. Pero ¿son suficientes? Luchar para escapar a la miseria y a la necesidad es una cosa... por otra parte, querida por el Evangelio... Pero esperar encontrar la verdadera felicidad y la verdadera paz social únicamente en un bienestar material, es otra.

La verdad que debemos aceptar y que debemos comunicar a los demás con entusiasmo es que el hombre ha sido creado para Dios y que está inquieto y desasosegado mientras no descansa en El.

Nuestra vida debe brotar del amor que Dios nos tiene, ese amor divino que nos cambia y nos transforma y que es don gratuito de Dios.

² O. R. (ed. española) 21 nov. 1976, p. 9.

Sólo cuando estemos convencidos de estas dos cosas podremos encontrar el buen camino. Entonces no andaremos ya a la ventura por el camino de la vida, desorientados y como sin rumbo, pues habremos sido encontrados.

A través de la Iglesia nos llega la voz del Buen Pastor, la voz de Dios... porque Dios nos habla: *“Habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas muchas veces y de muchas maneras, y ahora, en estos últimos tiempos nos habla por medio de su Hijo, que es el resplandor de su gloria”* (Hb 1,1-3). El Hijo, el Buen Pastor, que es el Camino, la Verdad, la Vida, no habrá buscado en vano a su oveja perdida.

*Westminster
Inglaterra*